

cuando una vocecita trista, doliente, llegó á mis oídos pronunciando estas palabras que revelaban un poema de amargura:—es inútil que te cansas en demostrarme lo contrario, sé que moriré muy pronto.»

Me bastó aproximarme á una verja de hierro que cerca se encontraba, para explicármelo todo; desde la parte de adentro partía un espacioso pasco que iba recto á terminar en la fachada de la casa que se alzaba enfrente; un verde toldo de pámpanos lo cubría casi por completo.

Dos mujeres sentadas una al lado de la otra estaban debajo de él; eran de diferentes edades y aspecto; una, muy joven, reclinada con dejadez en una mecedora, tenía los ojos fijos en el cielo, su rostro impregnado de una tristeza grande, era dulce, muy dulce, con expresión de ternura infantil; bastaba verla para adivinar que la tisis, esa horrible enfermedad, minaba su existencia, poniendo su vida en inminente peligro de muerte.

La otra representaba más edad; tenía la cabeza escondida entre las manos, y un sollozo mal contenido indicaba que lloraba.

—No sé Marta, porqué te entristeces tanto cuando te hablo de esto; ¿acaso no sabes como yo que mi dolencia tendrá pronto fin? ¿Quién sabe!... tal vez cuando las hojas de esos árboles que ves frescas y lozanas se vuelvan amarillentas y secas, y después sean barridas por los vientos del Otoño venidero, mi alma abandone la materia.

—¡Oh! Calla por Dios, Angela.

—¿De qué quieres que nos ocupemos entonces, mi buena Marta? bueno es que vaya pensando en lugares que he de pisar pronto.

—Vámones á la casa, Angela; el repente que se percibe puede perjudicarte.

Espera un poquito; no sé porqué siento esta noche cierto bienestar, afán de hablar, y... además, allá en mi habitación me ahogaba, mis pulmones atrofiados no respiraban bien.

Quedó unos momentos con su carita de virgen descansando en el pecho; después se irguió, cortó una flor de unos rosales que cerca crecían, y prosiguió.

—Escucha Marta, y verás qué distinto modo de pensar de cuando vivían mis padres, á hoy que no existen. Hace de esto ocho años; aún no habías venido tú de América; pues bien, en aquel tiempo lloraba sin cesar, desesperábame todo y contra todos; era que me resistía á morir tan niña, sin más conocimiento del mundo que lo que podía vislumbrar desde esas ventanas; cuando en épocas como esta, en que todo estaba lleno de verdor y alegría, bajaba hasta aquí del brazo de mi madre, más y más me apenaba; no sabía definir lo que sentía al contemplarlo todo plétórico de salud y vida, y verme yo postrada, muriéndome; otras veces el canto del obrero que pasaba al amanecer por el camino me causaba honda impresión; lo hubiera dado todo por trocarme con el más miserable, con tal de estar sana y fuerte; después murieron mis padres; sufrí más que yo al verse im-

posibilitados de darme la salud.

Un acceso de tos le hizo llevarse á la boca un pañuelo; en esto apareció una mancha rojiza.

Hubo una corta pausa sólo interrumpida por los sollozos de Marta.

—Ya debe ser muy tarde,—dijo esta levantándose.

«Vámonos; tengo mucho frío.»

Se fueron alejando apoyada una en la otra; espléndida cabellera rubia le caía sobre la espalda á la enferma que caminaba lenta, abatida.

Yo me separé de allí como un autómata; llevaba en el pecho algo que me oprimía, que me desconsolaba.

Una campana llamaba á los fieles á primera misa; cuando de regreso volví á acostarme, cerré los ojos, y en la obscuridad vela flotar la carita de virgen de Angela.

M. FORNIELES.

TARJETA

Para la señorita Ana Rubio

Mi querida amiga Ana:

No sabes con que alegría he sabido esta mañana que celebrabas tu día; y sin perder un momento te dirijo ésta tarjeta,

que te aseguro interpreta fielmente mi pensamiento.

En el día de tu santo solo te deseo una cosa, ya que tú, joven y hermosa, debes divertirte tanto.

Si tú en el amor cifrada tienes toda tu ilusión de tener dicha labrada, no te quito la razón; pero conforme no estoy; quiero para ti una cosa que te hará siempre dichosa y que á decirte la voy; es que vale mucho más que toda clase de bienes; ¡que no pasáras jamás de la hermosa edad que tienes!

J. GARCÍA.

26 7 07.

¡DESGRACIADOS!

Copiamos de un periódico de Montevideo.

«¡Pobre gente! Procedente de Europa fondeó en este puerto el vapor inglés «Heliópolis», enarbolando bandera norteamericana».

Va de viaje á Honolulu. Conduce 2.000 emigrantes embarcados en Cadiz. ¡Pobre gente! Si el lector pudiese apreciar lo que hemos visto á bordo, se le saltarían las lágrimas. La miseria más espantosa, el dolor reflejado en los rostros de las mujeres, en su mayoría jóvenes, niños de corta edad desnudos; todo ese inmenso tropel contenido por guardianes que les prohibían salir de los collados, donde pasan el día, para evitar que se escapasen.

Los pobres emigrantes no son chinos, son desgraciados españoles, en su totalidad andaluces, que abandonaron

su patria. Durante la travesía murieron seis.

En un pequeño camarote un pobre español embarcado como intérprete, está encerrado, pues ha perdido la razón.

Ni los negros serían tratados así. ¡Qué dolor ha sido para quien esto escribe, verlo visto, oír las relaciones hechas de las amarguras del viaje, de lo sufrido... pero ¿no habrá quien velo por estas pobres gentes, que engañadas y abandonadas de su gobierno; lloran su desgracia? ¡Pobre gente!

¡Padre desnaturalizado, sin entrañas el gobierno español, se pasa el tiempo en discusión parlamentaria para ver de favorecer, con proyectos de ley injustos y ruinosos cual el de los azúcares, á una taifa de plutócratas egolistas y de políticos venales, dejando en olvido y abandono al infeliz bracero que sin trabajo ni protección en su patria, se aleja de ella, arrastrado por la miseria!

Pero si es que estais destinados á morir víctimas de la impiedad y del egoísmo de los hombres, vuestros hermanos, preferible es que murais en el suelo natal, en la tierra que os vio nacer á que arrojen vuestros cuerpos al fondo del mar, para ser devorados por los peces.

Así, pobres desheredados de la fortuna, no os dejéis engañar por esos agentes infames que os enganchan para la emigración, pintándoos, cual sirenas engañosas, países de ventura y prosperidad quo ni «Jauja» ni «Eldorado».

Abrid bien los ojos, y leed detenidamente lo que ese periódico del Uruguay compadecido os cuenta de infelices compañeros vuestros que emigraron, y que aún á la mitad del camino ya han sufrido torturas indecibles de sus verdugos.

¡Qué amargura llevarán en el corazón los desdichados, cuando al llegar á Montevideo, quieren escapar del buque por no continuar el viaje!

¡Qué sombras de remordimiento tan pesadas y negras han de envolver y martirizar la conciencia de los gobernantes, cuando á solas con su pensamiento repasen su historia política!

NOTICIAS

—Que no desmaye—

En una de las últimas sesiones celebradas en el Congreso de Diputados, el que lo es por nuestro Distrito, don José Bellver Oña, ha apoyado una proposición, en la que ha pedido que se declare de interés general, la construcción del puerto de Adra.

Como dicha mejora en la histórica y culta «Abdera», sería de suma importancia para toda la región del poniente de nuestra provincia, y para gran parte de «Las Alpujarras», por fuerza ha de merecer la petición de nuestro activo diputado, plácemes unánimes de todos estos pueblos de la costa alpujarrana, objeto de predilección para el Sr. Bellver. A juzgar por la continua y fecunda labor que en pró de los mismos viene desarrollando en Madrid.